

CA

PI

TU

10 2

La demonio había matado a un pastor.

En las noticias informaban que habían encontrado al hombre sin vida en el jardín de la Iglesia presbiteriana del Trono de Dios. Cerré la puerta y me senté en el sofá junto a mi madre, mientras ambos observábamos la televisión en silencio. Era demasiado bueno para ser cierto. El sheriff Meier describía la escena del crimen: el pastor estaba tumbado boca abajo con dos largas varas que sobresalían de su espalda; una era una fregona sin el extremo y, la otra, un mástil despojado de la bandera. Las tenía incrustadas entre las costillas, específicamente en el espacio correspondiente a ambos omóplatos, una de cada lado. Me incliné hacia adelante para verlas mejor, demasiado sorprendido como para esconder mi entusiasmo.

—¿Puedes creerlo? —preguntó mamá—. ¡Pensé que ya habíamos superado todo esto!

—Conozco a este asesino —dije con suavidad. Poco a poco, iba reconociendo los indicios.

–¿Qué?

–Este es un verdadero asesino.

–Por supuesto que es un verdadero asesino, John. El pastor está muerto.

–No, me refiero a que no es un simple chico del pueblo. Hace algunos años, leí sobre un crimen exactamente igual a este. ¿También le quitó las manos?

–*Además de las varas en la espalda, el asesino le cortó las manos y la lengua* –anunció el presentador con la mirada sombría.

–¡Ajá! –exclamé, mitad riéndome.

–¡John! –protestó mamá con severidad–. ¿Qué clase de reacción es esa?

–¡Es el Manitas! –expresé con ímpetu–. Siempre les hace lo mismo a las víctimas: les corta las manos y la lengua, y las deja afuera con estacas en la espalda –me quedé observando la borrosa foto de la escena del crimen, mientras sacudía la cabeza con asombro–. No tenía ni idea de que era un demonio.

–Tal vez no lo sea –respondió mamá, al mismo tiempo que se ponía de pie y llevaba el plato de la cena a la cocina. Ella había visto al primer demonio y había escuchado hablar del segundo, pero aún le resultaba incómodo conversar del asunto.

–Por supuesto que es un demonio –dije–. Crowley era un demonio y Forman, el segundo demonio, había venido por él. Ahora otro demonio vino en busca de *este último*.

–No tienes forma de saberlo –contestó finalmente, luego de permanecer en silencio durante un instante.

Todavía no le había contado a mamá acerca de la llamada telefónica con Nadie, porque se habría interpuesto en mi camino para protegerme.

—¿Cuántas probabilidades hay de que haya tres asesinos seriales que no tengan relación entre sí en un pueblo de estas magnitudes? —le pregunté, siguiendo sus pasos hacia la sala—. ¿Y por qué diablos vendría el Manitas, cuyos ataques fueron siempre en Georgia, al condado de Clayton, en Dakota del norte, justo dos meses después de la desaparición del último demonio?

—Porque este pueblo está *maldito* —respondió rotundamente.

—Pensé que no creías en los hechos sobrenaturales.

—No me refiero a que esté literalmente maldito —dijo mientras me daba la espalda—. Quiero decir que... No sé lo que quiero decir. ¡Son demonios, John, o algo similar! No sé... no sé por cuánto tiempo más podremos quedarnos.

—No podemos irnos —repliqué con rapidez. Quizás con demasiada rapidez, ya que mamá permaneció con la vista fija en mí y, de inmediato, me señaló con enfado.

—¡Oh, no! —exclamó—. No, no, no, no, no. *No* vas a perseguir a este como a Bill Crowley. *No* vas a jugar al superhéroe y poner en riesgo tu vida como un idiota.

—No soy un idiota, mamá.

—Bueno, pero tienes comportamientos demasiado estúpidos como para ser un genio —contestó—. Crowley intentó matarte y Forman casi lo logra. *También* estuvo a punto de asesinar a Brooke y a Curt. Esto no es un juego.

—No sabía que te preocupabas tanto por Curt.

—No quiero que muera —gritó—. Solo quiero que se aleje de nuestras vidas. Es un imbécil arrogante, pero no por eso puedes matarlo.

—Qué bueno que no lo hice —dije, cada vez más enfadado.

–No, pero por culpa de tu obsesión con estos... lo que sean... casi mueren personas inocentes. ¿Cuánta gente más debe morir para que te echas para atrás?

–La pregunta es, ¿cuánta gente morirá si yo *me echo para atrás*?

–Para eso están los policías.

–El Manitas asesina gente desde hace al menos cinco años y, ahora que sabemos que es un demonio, probablemente desde hace siglos. Si la policía es tan estupenda, ¿por qué no lo capturó?

–No irás tras él –espetó mamá con firmeza.

–La policía no tiene ni idea de cómo luchar contra un demonio –dije, intentando mantener la calma–. No sabe con quién tiene que lidiar, pero yo sí. Ya detuve a dos de ellos y, si logro detener a este, podré salvar cientos de vidas, o tal vez miles. ¿Piensas que esto va a matar a un par de personas y luego desaparecerá para siempre? No, mamá, va a asesinar y asesinar hasta que no queden más víctimas.

–Él –me corrigió mamá, con la mirada fija en mí.

–¿Qué?

–Lo llamaste *esto* –respondió, haciendo uso de su autoridad–. Sabes que no puedes utilizar el término *esto*. Tienes que decir *él*.

Cerré los ojos y respiré hondo. Una de las características de los sociópatas, especialmente de los asesinos seriales, era que dejaban de considerar a la personas como personas y las veían solo como objetos. Cada vez que estaba alterado o dejaba de pensar con claridad, comenzaba a llamar *esto* a las personas, lo cual iba en contra de mis reglas.

Pero las reglas estaban diseñadas para los seres humanos.

–Es un demonio –exclamé–. No es una persona humana. No puedo deshumanizar algo que no es humano.

–Es un ser vivo que piensa; humano, demonio o lo que sea –contestó mamá–. No sabes lo que es, pero sí sabes quién eres tú y, por eso, tienes que cumplir tus reglas.

–Lo siento –mis reglas. Ella tenía razón–. Él o ella –añadí rápidamente–. Podría tratarse de una mujer.

–¿Por qué lo dices?

*Porque la voz con la que hablé era de una mujer, pensé.*

–No lo sé –respondí–. Quiero decir que aún no lo sabemos –con indignación fingida, agregué–. ¿Estás insinuando que todos los psicópatas son hombres, o que todos los hombres son psicópatas?

–No estoy de humor para hacer bromas –dijo, mientras apagaba la televisión–. Me voy a la cama. No más noticias ni asesinatos. Mañana seguiremos hablando.

A regañadientes, regresé a la cocina y me serví un tazón de cereales. Como generalmente me dormía después de las 2:00 AM, me quedaba mucho tiempo para estudiar la situación.

Ya contaba con un poco de información acerca del Manitas, porque había leído noticias sobre él. Sabía que era un asesino poco convencional proveniente de Macon, Georgia, o, al menos, allí habían encontrado a su primera víctima y también a la tercera. Cada nueve meses, viajaba a un sitio distinto dentro de Georgia para cometer un asesinato. Todas las escenas del crimen coincidían con la que había ocurrido aquí: solía matar a las víctimas en sus lugares de trabajo o en sus hogares, les quitaba las manos y la lengua, arrastraba los

cadáveres hacia afuera, les clavaba dos varas en la espalda y desaparecía. Todavía no se habían encontrado pruebas reales de su identidad, pero se inferían algunos datos de los crímenes mismos. En primer lugar, todos asumían que se trataba de un hombre por dos motivos: la tremenda fuerza física que se necesitaba para amputar las manos, desplazar los cuerpos e insertar los palos de madera en las espaldas; y el simple hecho de que todos los asesinos seriales eran varones. No eran evidencias demasiado sólidas, pero la perfilación criminológica se consideraba un arte, más que una ciencia. Los investigadores se habían limitado a tomar la información que tenían y afirmar las respuestas que tuvieran más sentido.

El otro dato que tenían de él era la pulcritud con la que se manejaba: las escenas del delito siempre estaban repletas de objetos de plástico tales como láminas, bolsas de basura e incluso ponchos de lluvia desechables. Evidentemente, al hombre no le agradaba mancharse con sangre y, por lo visto, hacía un buen trabajo manteniéndose limpio. El apodo mediático de “Manitas” se lo había ganado gracias a su fuerte predilección por la limpieza, y a las escobas y fregonas que clavaba en las espaldas de las víctimas. Bueno, por eso y también por el hecho de que les amputaba las manos.

Tomé otra cucharada de cereales. La policía y el FBI lo buscaban desde hacía varios años y, pese a que se estuvieran esforzando muchísimo, yo estaba convencido de que jamás lo encontrarían ya que partían de presunciones erróneas, a saber, de que era un ser humano. Independientemente de lo que creyera mamá, estaba seguro de que se trataba de un demonio y casi convencido de que era mujer. ¡Por el amor de Dios! Había



hablado con ella por teléfono y notaba la diferencia. El hecho de que esto fuera así, explicaba varios aspectos de la situación.

Para empezar, la fuerza. Los demonios tenían una amplia gama de poderes sobrenaturales, por lo que tenía sentido que el Manitas contara con una fuerza por encima de la media, independientemente de su género. Así como existían asesinas seriales –pese a que fueran poco frecuentes–, también podía haber mujeres demonio. ¿Por qué no? Si realmente había distinción de género entre ellos, tenían que contar con representantes de ambos sexos.

En cuanto a la pulcritud, ¿qué sugería aquella obsesión por los detalles? ¿Acaso que se trataba de un demonio neurótico, demasiado precavido o que tenía miedo a la sangre? Si hubiese podido, habría revisado las páginas web con las características de los criminales pero, desafortunadamente, la computadora estaba en la habitación de mi madre y no podía hacer esa búsqueda frente a ella. Lamentaba no ser capaz de descifrar todo lo que el demonio revelaba de sí mismo a través de sus actitudes, como por ejemplo el hecho de que llevaba a sus víctimas a espacios abiertos y les insertaba varas en la espalda. Todos estos eran mensajes dirigidos a nosotros o, mejor dicho, a mí, ya que ella me estaba buscando. Pero, ¿qué querían decir? Durante años, me había dedicado al estudio de los asesinos seriales (un pasatiempo que rozaba la obsesión), pero mis conocimientos se limitaban a trivialidades sobre qué era un asesino y cómo procedía. No conocía los pasos que seguía la policía para develar toda la información. Necesitaba Internet o una biblioteca para profundizar mis estudios, pero, para eso, debía esperar a la mañana siguiente.



Terminé los cereales y fijé la vista en el reloj. Como eran las diez y media de la noche, faltaban muchas horas para que fuera un nuevo día.

Sin embargo, había otra cuestión que no requería los saberes de la policía: las partes del cuerpo que faltaban. La mayoría de los asesinos seriales guardaban algún recuerdo de sus víctimas, porque les agradaba rememorar el asesinato o, en algunos casos, porque querían comer los restos. Sin embargo, los demonios eran diferentes. El señor Crowley, el asesino de Clayton, había robado partes de los cadáveres para regenerar sus extremidades y órganos. Tal vez, el o la Manitas (fuera hombre o mujer) tenía los mismos motivos o, al menos, unos similares. ¿Qué representarían las manos y la lengua? ¿Qué podría hacer con ellos? Me observé las manos en busca de algún indicio. Quizás ella tenía la capacidad de absorber las huellas digitales, la identidad, o algo parecido. Ya era demasiado difícil descubrir a un asesino serial que seguía reglas humanas, por lo que, antes de poder afirmar algo sobre el demonio, tenía que juntar más información. Más que nada, necesitaba ver al demonio en acción.

Los dos demonios que había conocido hasta el momento eran completamente diferentes entre sí –actuaban de forma distinta y por razones diversas–, pero compartían una similitud. Forman había dicho que los demonios (o lo que fueran) se definían por la falta de rostro, vida, emociones o identidad. Al igual que con los asesinos seriales, sus acciones podían rastrearse por aquellas carencias que los caracterizaban. ¿Qué le faltaría a Nadie?

De pronto, el sonido estridente del teléfono invadió el

silencio reinante en la sala. Al tomar el aparato, observé que la llamada era de Jensen, por lo que se lo alcancé a mamá, que se estaba limpiando el maquillaje en el baño.

–Es el agente Jensen –dije mientras lo acomodaba en el lavabo–. Seguramente quiera hablar sobre el caso –regresé al salón, al mismo tiempo que mamá respondía.

–¿Hola? ¡Oh! –exclamó sorprendida–. Hola, Marci, pensé que era tu padre.

¿De veras me llamaba Marci? Era una de las chicas más atractivas de la escuela. Incluso mi amigo Max, quien saldría hasta con una silla si lo invitara, sentía un amor imposible por ella. ¿Por qué estaba llamando a mi casa a las diez y media de la noche, si yo solo había hablado con ella tres veces en mi vida?

–No te preocupes –respondió mamá–. Estamos los dos despiertos. Está aquí mismo, ahora lo llamo –salió del baño con una de esas exasperantes sonrisas de madre y me pasó el teléfono–. Es para ti.

–¿Hola?

–Hola, John, soy Marci Jensen –era experto en leer rostros, pero las voces siempre me desconcertaban.

–Sí, lo sé –hice una pausa. ¿Qué debía decir?

–Lamento llamarte tan tarde –agregó ella–. Estuve... bueno, pensé en llamarte durante todo el día, pero no lo hice.

–Ah –¿por qué me quería llamar?

–Bueno, no sé si debería decírtelo o no, pero mi padre me habló de ti. Me contó que salvaste a toda esa gente.

Gracias a la protección de testigos que me mantenía alejado de los medios de comunicación, su padre era el único que

conocía la verdadera historia. Bueno, solamente las partes que no incluían a los demonios. Era el primer policía que había llegado a la escena, luego de que hubiéramos escapado de la casa de la tortura de Forman.

–No fue nada. Bueno, en verdad sí, porque todos se salvaron, pero yo no hice nada. Quiero decir que no hice nada solo. Brooke me ayudó a rescatar a varias mujeres.

–Síiiiiiiii –dijo, alargando la última vocal por algunos segundos, y, después de una breve pausa, añadió–: Escuché que ya no estaban más juntos.

–Así es –respondí, un poco sorprendido. *¿Acaso era lo que me imaginaba?*–. De hecho, no salimos desde hace un par de meses.

–Sí, ojalá lo hubiera sabido antes. Pero bueno, si no estás saliendo con nadie, tal vez podamos hacer algo algún día.

–Eh... –¿era una observación o una invitación? ¿Me acababa de invitar a salir o yo tenía que hacerlo? No tenía ni idea de cómo debía proceder. Luego de unos instantes, agregué–: Por supuesto. Suena divertido.

–Genial –dijo–. Esta semana estoy ocupada... pero, ¿dentro de una semana? ¿El lunes próximo por la tarde?

–Sí... estupendo... –por un instante, la imaginé ocupada porque estaba literalmente amarrada, pero rápidamente aparté la imagen de mi mente. *No pienses de esa forma.*

–Genial –repitió–. Podemos ir al lago. ¿Tienes bici?

–Sí.

–Suena bien. ¿Nos encontramos en mi casa? Queda cerca del desvío. Podemos salir desde allí.

–Sí, claro –respondí.

–¿Tres de la tarde?

–Claro que sí.

–Bueno, estupendo. Me alegra haberme animado a llamarte.

–A mí... también.

–De acuerdo, nos vemos. Adiós.

–Hasta luego.

Ella cortó la comunicación y yo apagué el teléfono. Mamá continuaba en el mismo sitio, observándome. Siempre insistía en que tratara de ser más sociable, pero, al mismo tiempo, tenía terror de lo que pudiera hacer.

–¿Te acaban de invitar a salir?

–Aparentemente.

–Ten cuidado –dijo, después de mirarme durante unos minutos, asentir y volver en dirección al baño–. Y asegúrate de cumplir todas tus reglas.

Fruncí el ceño y tomé otra cucharada de cereales. ¿Por qué Marci me había invitado a salir? Definitivamente, no era el mejor momento; tenía que atrapar a un demonio y esta era una complicación más que prefería no tener. Por otro lado, me resultaba gracioso que hubiera dos personas en el pueblo que quisieran matarme: el Manitas y Max, apenas se enterara de que tenía una cita con Marci. Lancé una carcajada breve y fingida.

Había comenzado la cacería.